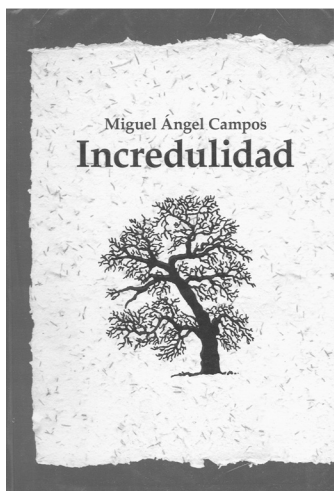

CAMPOS, Miguel Ángel.
Incredulidad.
Universidad Católica Cecilio Acosta
Instituto Venezolano de
Investigaciones Científicas
Pp. 345, 2009.
Maracaibo



Incredulidad, es el título que lleva impreso en la portada este libro de Miguel Ángel Campos. Las páginas de *Incredulidad* recogen cinco manojos de ensayos que se anudan de una manera muy particular, con un mismo hilo, en momentos disimulado, en otros luminoso. Estos escritos giran en torno, principalmente, a la pregunta por el país, por su origen, su sino; indagación, pesquisa arqueológica de nuestro umbral, del principio y desarrollo de nuestro semblante como coterráneos.

Mediante la genealogía, el autor hurga en sucesos lejanos y recientes de nuestra Historia, en autores y personajes que han repercutido de alguna forma en nosotros. Así, nos topamos en la sinuosa lectura de estos textos referencias a José Balza, Julio Miranda, Uslar Pietri, Meneses, Augusto Mijares, Orlando Albornoz o Felipe Pirela; pero también encontramos la fuerte presencia de persona-

jes provenientes de la ficción, como Rip Van Winkle o Wakefield. Puede decirse que en este libro, el autor enrama lo sociológico y lo literario para erigir una postura crítica y corrosiva de la sociedad venezolana.

El libro comienza por las raíces, y devela sucesos vitales de la infancia del autor. Aquí el ejercicio autobiográfico pone de manifiesto el entretejido sensible que da pie a conexiones entre la experiencia que permanece en la memoria y las posteriores lecturas y reflexiones sobre lo telúrico y los rasgos que podrían definir una identidad. En esta primera parte el lector se sumerge en ambientes de precariedad, de gestas familiares que enfrentan la desarticulación y el desorden que significó la expansión de la industria petrolera en Venezuela. Los datos autobiográficos, preñados de una lúcida y melancólica contemplación, se convierten en primeras piedras para la construc-

ción de un discurso a la vez virulento y desencantado. Los relatos inaugurales ilustran ya los rastros de un progreso informe, desigual, creador de miseria y de migraciones en busca de la supervivencia, y del fulgor lejano de una promesa de prosperidad. Así, por ejemplo, escribe de la necesidad "de conjurar aquella fatalidad impuesta a muchos venezolanos por la pobreza y el caos civil" (pág. 18). Sobre estas ideas volverá el autor en las páginas subsiguientes.

En la segunda parte, el autor se centra en cuestiones relacionadas con nuestra sociedad. De esta manera, alude a autores y hechos representativos, siempre con el afán de presentar su postura en todo momento crítica y, por tanto, ética de nuestra realidad. Aquí encontramos una reflexión sobre el oficio de sociólogo, el lugar de la sociología y su poca introspección, una crítica al cientificismo, a la administración de educación por parte del Estado venezolano, el buen o mal gusto de un país, entre otros temas. También hace referencia a esa incredulidad ante todo aquello que no es verificable, que atrofia la capacidad de imaginar; de aquí surge el título del libro, explicitado ya en sus primeras páginas. Especial mención debe hacerse del ensayo titulado "Variación a pedazos", que es una especie de díptico sobre los acontecimientos del 11, 12 y 13 de abril en Venezuela, sobre los cuales aún permanece un espeso humo que dificulta cualquier tipo de análisis; Campos lo pone de manifiesto al decir: "cuando ofensores y

ofendidos se ponen de acuerdo para mentir, para ocultar la verdad, es indicio de que algo verdaderamente espantoso ha ocurrido" (pág. 69).

El grupo de ensayos siguiente aborda lo literario: "Ramos Sucre: la evasión permanente"; "Los nuevos tiempos, según A. Mariño Palacio"; "Ensimismado por la novela", a propósito de Picón Salas; "La saga de Meneses"; "Zárate y la aclaración de un panorama"; o también el ensayo sobre Uslar Pietri "Una devoción agotadora", entre otros. Los textos se adentran en obras y autores de la literatura venezolana y se penetra en ellos con el firme propósito de despojarnos de toda indumentaria para poder observarnos en nuestra desnudez.

Posteriormente, en la intensa lectura pasamos a un espacio más íntimo, a una estancia más reposada. El autor nos acerca a individuos próximos en el desempeño de empresas y oficios comunes, como el ejercicio del ensayo, a la vez dinámico, arduo e inasible. Así, el lector puede aproximarse a José Balza, en la auscultación de su trabajo, a la escritura perseverante de Julio Miranda, o al estilo personal de Luis Moreno Villamediana, para llegar luego a una disquisición sobre la ciudad, la música y la literatura, en un estudio que entrecruza el bolero, la pobreza y una sensibilidad artística latinoamericana: "La soledad y la tristeza, por ejemplo, son asumidos no ya desde una privacidad anónima sino desde el intercambio, como indica [Juan] Gelpí, es así como se reacciona contra la despersonalización desde el encuentro

con el otro y desde una solidaridad (...)” (pág. 288).

El libro culmina con un par de ensayos que evidencian la riqueza y contundencia de la prosa de Campos que, aparte de feroz y mordaz, se detiene en lo lúdico, demostrando así todos los matices de su escritura y de su empeño en corroer un anquilosado espejismo de progreso, en un país

donde irrumpió una sensación de riqueza que apagó cualquier tentativa de largo aliento, que intervino en nuestra configuración interna desararticulando las tentativas de proyecto de futuro, e instituyendo el culto a la inmediatez y a la apatía. Esto, a grandes rasgos, podría ser el leitmotiv de todo el libro.

Luis Ángel Barreto